

Prólogo y futuro de la cultura salvadoreña

Federico Hernández Aguilar

Todo país es único culturalmente hablando, y El Salvador, fascinante resultado de múltiples procesos, no es la excepción. Los trances vividos, políticos, sociales o económicos, han conformado culturalmente lo que hoy conocemos, sentimos y valoramos como nuestra nacionalidad.

El ir y venir de ideas, rupturas, decisiones individuales o colectivas, discursos officiosos y oficiales, tradiciones, creencias, costumbres..., conforman ese amasijo de sentimientos, ventajas y contradicciones que llamamos –no sin cierta ambigüedad– «ser» o «espíritu nacional», «salvadoreñidad», «identidad».

Pero lo que nos hace únicos no es solamente nuestro andar histórico, sino también las diversas formas en que hemos reaccionado ante esa historia. El Salvador no sería lo mismo sin los aciertos y errores que particularizaron nuestras opciones históricas. No seríamos lo que somos si en el recuento faltara una sola de nuestras guerras civiles o uno solo de los desastres naturales que hemos sufrido.

El perfil salvadoreño está dibujado, indistintamente, por figuras tan desiguales, e incluso antagónicas, como don Pedro de Alvarado (el duro conquistador) y el príncipe Atonal (símbolo de nuestra rebeldía indígena), Alfredo Espino (el poeta niño) y Roque Dalton (el poeta guerrillero), Monseñor Romero (el santo popular) y el general Martínez (el popular dictador), Anastasio Aquino (líder de una revuelta en plena era republicana) y Roberto d'Aubuisson (líder del anticomunismo contemporáneo), Francisco Gavidia (gran pilar de la literatura nacional) y Francisco Morazán (el «Napoleón Centroamericano»), Alberto Masferrer (la conciencia de su tiempo) y el «Mágico» González (genio y figura del fútbol latinoamericano).

A todos ellos debemos los salvadoreños luz o inquina, fuerza o debilidad, argumento o falacia: lo que tenemos de inocencia y lo que tenemos de escepticismo.

La institucionalidad cultural, desde luego, es resultado de las explicables contradicciones que han hecho de El Salvador el país que es. Lo importante ahora es entender, como nación, que los procesos anteriores son un prólogo de lo que deseamos y podemos ser.

A principios del siglo XX, las estructuras culturales –hijas del liberalismo cívico que había caracterizado a la centuria anterior– pasaron de la figuración académica a la endeble capacidad directiva del Estado. Fue a partir de la década de los cincuenta que la infraestructura cultural salvadoreña, obligada por su propia complejidad y dinamismo, empezó a solidificarse, desembocando en la creación, ya en los años sesenta, del Ministerio de Cultura y sus primeras dependencias.

La democratización de la acción cultural, teniendo como protagonista al ciudadano, dio pie a las más audaces propuestas, mucho antes de que en nuestro país comenzara a hablarse de corresponsabilidad o descentralización. Frutos de aquella época, hasta hoy continúan prestando sus servicios instituciones de obligada referencia, como el Centro Nacional de Artes, la Televisión Cultural Educativa y la red de Casas de la Cultura, actualmente conformada por 172 centros en todo el territorio.

El proceso, esperanzador y sistemático, se vio interrumpido por el conflicto armado. No llegaron a tiempo los intentos de abrir espacios a la expresión, incluyendo la creativa y artística. La guerra estalló, contando entre sus primeras víctimas al arte y la cultura nacionales.

Se ha pretendido decir, en muchas ocasiones, que culpar a la guerra de los atrasos que exhibe nuestra institucionalidad cultural es, por lo menos, un eufemismo. Es importante, sin embargo, atrevernos a esbozar por qué resulta peligroso asumir esta opinión como una verdad incontestable.

Teóricos de toda laya, antiguos y contemporáneos, han pretendido hacernos creer que las guerras no son intrínsecamente buenas o malas. Esto, que dentro del pragmatismo estatal conserva una aparente validez, para cierto intelectualismo criollo puede bien servir de exordio a ciertas conclusiones sobre la cultura que, lamentablemente, parecen más sintomáticas que reflexivas.

Las teorías belicistas, repito, han estado siempre a la orden de los pendencieros. Hegel, por ejemplo, escribió ideas pavorosas: «La salud ética de las naciones se mantiene con la guerra, con el natural conflicto entre los seres humanos, así como el movimiento de los vientos le impide al mar caer en la fetidez que produciría una calma constante».

Friederich Nietzsche, diabólico y genial, apeló a la «voluntad de poder» inherente al ser humano para renegar del pacifismo, al que llegó a considerar como un ejercicio de conciencia contranatural.

¡Y qué decir de los anarquistas! Mientras Kropotkin creía en la abolición del Estado a favor del colectivismo, Sergei Nechaev, aventajado discípulo de Bakunin, defendía el asesinato como medida efectiva para inclinar las cosas hacia un radicalismo necesario. (Muchos nacionalistas europeos —el irlandés Michael Collins, por mencionar uno— bebieron de estos cálices.)

Evitando «cómodas» contemplaciones humanistas, Georges Sorel hallaba en la violencia una forma digna de llevar a cabo la separación de clases, posición que ya Enrico Malatesta había empezado a desarrollar al proponer la eliminación física del «oponente burgués» como una especie de educación proletaria.

También hubo ejemplares resistencias de otro tipo, claro. Henry David Thoreau, anarquista individualista, no creía en la obediencia social, pero jamás se apresuró a hacer apologías de la violencia. Para él, la opción del aislamiento rendía mayores satisfacciones¹.

En esta era nuclear, con todo y su absurda inclinación al más deplorable exhibicionismo tecnológico, la teoría de las «guerras depurativas» ha encontrado importantes defensores. Algunos de ellos, con los nudillos de la onda expansiva de Hiroshima tocando a sus puertas, enfrentan ahora el reto intelectual de maquillar la devastación con una idea de justicia que nadie, ni siquiera ellos, podría explicar.

Los hijos tropicales de los envejecidos teóricos belicistas europeos alzan sus voces cuando pueden, pero no aportan mucha lucidez al debate. Como se ha anotado arriba, existen pseudoanarquistas salvadoreños diciendo que culpar al conflicto armado de los atrasos que exhibe nuestra institucionalidad cultural es una conclusión fácil.

Sin embargo, aunque no tengamos la objetividad ni la suficiente distancia para juzgar lo ocurrido entre 1979 y 1992², puede resultar especialmente peligroso no reconocer los traumas que en el ámbito cultural producen las rupturas sociales, sobre todo cuando tienen características como las que tuvo la nuestra.

¹ A propósito, un poco a la fuerza se ha querido comparar la posición de Thoreau con el pacifismo militante de Gandhi, pero únicamente ciertos teóricos socialistas se han quedado manipulando ese anzuelo. Nadie que no fuera un comprometido de la fraternidad, como fue el Mahatma, podía argumentar que “no hay caminos para la paz, porque la paz es el camino”.

² Inicio y fin oficiales de la última guerra civil salvadoreña.

Es verdad que la cultura se defiende y brota, como la vida misma, allí donde los espacios para respirar parecen haberse agotado; pero no menos cierto es que el odio, la polarización ideológica y los vaivenes políticos terminan enfermando gravemente a las manifestaciones culturales, convirtiéndolas en pancarta, suspicacia, divisionismo, urgencia y contagiosa mediocridad.

Las críticas hacia nuestros naturales deseos de paz y equilibrio social –incluso como base del desarrollo cultural– no tienen consistencia. El pasado reciente tampoco parece dispuesto a darles razón.

Durante el conflicto armado, la infraestructura cultural del Estado salvadoreño sufrió desamparo y descrédito. Empujados por la desconfianza, los recursos se fueron limitando, hasta llegar a un lamentable punto de quiebre entre prioridades políticas y necesidades sectoriales. Más pronto que tarde, la institucionalidad del sector cultural quedó subordinada a otro ministerio: el de Comunicaciones. Tristísimo episodio.

No fue sino hasta 1991, cercana ya la paz, que el Gobierno de El Salvador tomó la histórica decisión de crear, por Decreto Ejecutivo # 55, el Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, CONCULTURA, marcando el inicio de una nueva etapa.

Pocas intenciones tan buenas, sin embargo, han sido tan pésimamente formuladas. Concebido como «una unidad desconcentrada del Ministerio de Educación», a CONCULTURA se le señaló la finalidad principal de «coadyuvar en el cumplimiento de las atribuciones del hacer cultural que competen a la Dirección Nacional de Cultura de dicho Ministerio». (Sic). En otras palabras, aunque el paso hacia el fortalecimiento institucional fue significativo, el marco legal heredó las deficiencias conceptuales que habían debilitado a la antigua dependencia.

Con todo y que debían enfrentarse ambigüedades jurídicas y una muy enquistada tradición de marginalidad, es justo reconocer que los sucesivos liderazgos de CONCULTURA lograron dar presencia y perspectiva al trabajo de la institución.

Antes que este servidor³, tres ciudadanos han ocupado la Presidencia de CONCULTURA, enfrentando muy distintas circunstancias a lo largo de los últimos 13 años.

³ El autor de este artículo se convirtió en Presidente de CONCULTURA en junio de 2004.

A la gestora Claudia Allwood de Mata le tocó dirigir el proceso de nacimiento institucional de CONCULTURA; al pintor Roberto Galicia, la consolidación del proceso, incluyendo los primeros grandes proyectos de descentralización; y al ingeniero Gustavo Herodier, el diseño y ejecución de las transformaciones legales y administrativas que la institución demandaba, si bien tuvo que cumplir esta tarea enfrentando el titánico desafío de rehabilitar la infraestructura cultural dañada por los terremotos del año 2001.

Cabe decir que el proceso de reingeniería emprendido por mi antecesor no llegó a concluirse, por lo que me causa mucha satisfacción decir que con la reciente juramentación del nuevo Consejo Técnico Consultivo⁴ de alguna manera se ha coronado aquel esfuerzo de evaluación y transformación.

El tiempo ha corrido y la cultura nacional sigue fiel a su dinámica de cambios. Los retos, sin ser más abundantes o más grandes que los encontrados en 1991, 1994 y 1999⁵, tienen sus propias características y plantean sus propios dilemas.

Ya no se puede seguir pensando, por ejemplo, que las industrias culturales están fuera de las gravitaciones económicas, o, mejor, que la mismísima economía –con sus cifras y cálculos, axiomas y proyecciones– respira a profundidad sin la fosa nasal de la cultura.

Por supuesto, las disposiciones legales que Allwood, Galicia y Herodier identificaron como limitantes para la funcionalidad de CONCULTURA están hoy siendo revisadas y adaptadas a la nueva realidad, con el apoyo ilustrado y eficiente de la Secretaría de Asuntos Jurídicos de la Presidencia de la República.

Pero al tiempo que se discuten a fondo las reformas que darán versatilidad y una eficacia inédita a CONCULTURA, el Consejo Técnico Consultivo ya trabaja en la elaboración de un histórico Diálogo Nacional por la Cultura.

La aprobación general a este esfuerzo es innegable, pero nadie se ha apresurado a firmar cheques en blanco. Si bien el prejuicio no le hace bien al proceso, el excesivo entusiasmo también puede resultar gratuito, sobre todo cuando se habla de cultura.

En innumerables ocasiones se ha planteado en El Salvador que es necesario articular un Plan Nacional de Cultura, que debemos fomen-

⁴ *El Consejo Técnico Consultivo de CONCULTURA, conformado por siete profesionales de reconocida trayectoria, fue juramentado solemnemente en septiembre de 2004.*

⁵ *Fechas de entronización de las sucesivas presidencias de CONCULTURA.*

tar la apertura de más espacios de expresión artística, que los planes presupuestarios de CONCULTURA deben ser coherentes, que en el fondo no ha habido interés gubernamental para desarrollar el arte, etc.

Y es posible que todo lo anterior sea verdad, pero a veces se omite hablar de una de las razones principales por las que el arte y la cultura no han sabido ganar los suficientes adeptos en nuestras sociedades centroamericanas.

Es cierto que el poder político ha sido miope ante el tema cultural; es fácil probar que hubo épocas en las que el creador era considerado peligroso y hasta subversivo; es verdad, en fin, que las esferas gubernamentales han concebido la cultura como un desagüe de recursos, en lugar de verla como lo que es: una herramienta de desarrollo.

Lo que a veces olvidamos es que la productora y creadora de cultura es la sociedad en su conjunto, y que es ella, en su conjunto, la que debe discutir y decidir sobre el presente y el futuro de la cultura.

Hace 50 años, titanes de las letras nacionales como Claudia Lars⁶ y Salarrué⁷, Trigueros de León⁸ e Ítalo López Vallecillos⁹, discutían entre sí sobre la posibilidad de articular un plan nacional de cultura. Décadas antes que ellos, Masferrer¹⁰ y Gavidia¹¹ habían hecho lo mismo, dolidos también por el desprecio que su nación exhibía por este tema.

Pero tal vez aquí ha radicado gran parte del problema: en el hecho de que el arte y la cultura han sido, desde siempre, temas de debate entre artistas e intelectuales, casi exclusivamente. En otras palabras, pareciera que la demanda de inclusión que se ha hecho *para* la cultura no se ha practicado al momento de discutir *por* cultura.

⁶ *Claudia Lars (1899-1974): Poeta de sensibilidad indiscutible, es autora de algunos de los poemas más hermosos que se han escrito en El Salvador. La crítica especializada la incluye entre las figuras cumbres de la poesía latinoamericana, al lado de Alfonsina Storni, Gabriela Mistral, Juana de Ibarborou y Delmira Agustini.*

⁷ *Pseudónimo de Salvador Salazar Arrué (1988-1975), sin duda el más importante de los cuentistas salvadoreños. Su libro Cuentos de barro es una pieza maestra de la literatura costumbrista centroamericana. Juan Rulfo elogió repetidas veces su maestría narrativa.*

⁸ *Ricardo Trigueros de León (1917-1965): Intelectual de mérito indiscutible, se le considera también el más decisivo editor que tuvo alguna vez el país.*

⁹ *Ítalo López Vallecillos (1932-1986): Poeta, periodista, editor, investigador y promotor cultural.*

¹⁰ *Alberto Masferrer (1868-1932): Ensayista notable, se le ha llamado el "apóstol de la armonía social en El Salvador". Educador y periodista, fue su pluma fuente inagotable de denuncias contra las taras sociales de su época.*

¹¹ *Francisco Gavidia (¿1865?-1955): El polígrafo fundador de la literatura salvadoreña. Fue poeta, narrador, historiador, dramaturgo, ensayista, periodista, crítico de arte. A él debió el nicaragüense Rubén Darío el descubrimiento de la nueva sonoridad que proponía al castellano el alejandrino francés.*

Se pretende que todos amen, disfruten y defiendan el arte, pero no siempre se ha involucrado a todos en este debate. Más claramente: el sector cultural salvadoreño no ha hecho gala de la astucia y la humildad que se necesitan para reconocer que las soluciones a sus problemas son de absoluta incumbencia colectiva.

Y lo peor es que buena parte de los motivos que algunos círculos artísticos o intelectuales han tenido para evitar la amplia discusión del tema cultural, han sido totalmente ajenos al espíritu universalista y humanista del arte y la cultura. Antes bien, aquí se ha recurrido a pretextos, egos descomunales y hasta reduccionismos ideológicos. En algunos casos lamentables se ha llegado al extremo de denunciar imposiciones oficiales, pero con el evidente objetivo de imponer a la vez conceptos que en el fondo limitan la libertad creadora.

Y después, claro, los artistas y los intelectuales han seguido quejándose de que «en este país nadie toma en serio la cultura».

Los economistas, por su parte, poco interesados en el asunto –pero, para ser justos, sin tampoco haber recibido invitación formal a interesarse–, han hecho sus cálculos de desarrollo sin tomar en cuenta la cultura. El resultado es que los proyectos económicos nos han enseñado a poner cifras a las esperanzas *de* todos, pero no a cifrar nuestras esperanzas *en* todos.

Si el sector cultural salvadoreño necesitaba un reto, ahora lo tiene, y sus consecuencias pueden ser históricas. Este desafío consiste en demostrar, sin estribillos ni reduccionismos, que la cultura en El Salvador *cuenta*. Para ello es indispensable conocer y manejar los conceptos que nos ayudarán a dimensionar el peso que tiene nuestro sector en todos los ámbitos de la actividad humana.

México acaba de dar un ejemplo muy valioso de esto. Con la aquiescencia del CONACULTA, se encargó a un notable economista, el licenciado Ernesto Piedras, la elaboración de un informe sobre la contribución de las industrias culturales al desarrollo nacional. Para sorpresa de propios y extraños, Piedras ha demostrado, con datos realmente esclarecedores, que las industrias protegidas por los derechos de autor en México generan 6.7% del Producto Interno Bruto del país.

Como si esto fuera poco, el documento concluye que la cultura, como factor económico, muestra tasas de crecimiento más altas que las que experimentan otras industrias claves de la economía mexicana, incluyendo los sectores de la construcción y la agricultura.

Aunque, por su propia variedad, los aportes que hace al turismo la infraestructura cultural resultan siempre difíciles de cuantificar, en el caso de México es evidente que buena parte de las divisas turísticas no sería posible sin la «Virgen Morena» del Tepeyac, las pirámides de Teotihuacan, las momias de Guanajuato o la casa de Frida Kahlo.

Con las cifras de Ernesto Piedras en la mano, no es de extrañar que mi homóloga mexicana, Sari Bermúdez, esté lista para demandar atención especial, de la sociedad entera, al tema cultural. Y lo está consiguiendo.

Pero México no habría podido alcanzar este importante diagnóstico sin involucrar en el proceso a sectores tradicionalmente desvinculados de la esfera cultural¹². Conservando las naturales distancias, esa capacidad de diálogo e inclusión es la que debemos tener en nuestro país, y no sólo porque la realidad lo demande, sino porque nuestra cultura lo merece.

Todo sector cultural que desee visibilidad necesita asumir responsabilidades. Para empezar, es conveniente dejar la queja y transformarla en acción. Es indispensable ofrecer, como mínimo, la tan cacareada madurez que se exige a los medios de comunicación o a la clase política. Los que demandamos atención al arte y la cultura, en fin, debemos demostrar por qué se nos debe tomar en serio.

La conformación del Consejo Técnico Consultivo de CONCULTURA y las acciones derivadas de sus primeros análisis constituyen muestras de la seriedad con que se desea discutir el presente y el futuro de la cultura salvadoreña. A la institucionalidad cultural tocará liderar un proceso de diálogo nacional inédito, ya que por primera vez en nuestra historia, bajo la coordinación de la entidad estatal, habrá un debate interinstitucional e intersectorial por la cultura, con metodologías propias e instrumentos adecuados. De allí surgirán un diagnóstico y una propuesta, simientes del Plan Nacional de Cultura que tanto hemos reclamado en El Salvador.

¹² El debate que en el año 2000 se generó en México con respecto a la metodología que seguiría la Consulta Cultural Pública se focalizó, como es obvio, en la necesidad de obtener los más fidedignos resultados. La publicación *Letras Libres* hizo una propuesta que fue retomada por el equipo de transición que lideraba Vicente Fox y la participación que se logró fue amplia. El "ombligismo" del sector artístico, claro, fue inevitable, pero no en detrimento de la convocatoria. Ante los resultados, *Letras Libres* reflexionó: "Pensamos que todo instrumento que la sociedad construya para conocerse mejor y actuar en consecuencia es un acto que debe ser apoyado y difundido". Conclusión semejante abona mucho a la madurez que los sectores culturales reclaman a sus sociedades, pero que también necesitan para sí.

Y en este proceso vamos a ser incluyentes, abarcadores y muy respetuosos de las opiniones ajenas. Parafraseando a Pitágoras, «trataremos de ser amigos de la verdad hasta el sacrificio, pero no seremos sus apóstoles hasta la intolerancia».

El dinero para la cultura no abunda, es cierto. En el escritorio de un Ministro de Hacienda hay urgencias con las que resulta particularmente difícil competir. Gran parte de los problemas de la cultura, sin embargo, no se deben estrictamente a la falta de recursos, sino a la falta de creatividad, a la escasez de unidad y a la precariedad de voluntades.

Estamos convencidos de que la cultura sabe encontrar caminos allí donde el pesimismo sólo contempla escollos. También desde las instituciones, es necesario que «la función vaya creando el órgano», reparando menos en la falta de instrumentos y más en la instrumentación del ánimo y el talento disponibles.

El dinamismo que transforma a la cultura en una herramienta de desarrollo no tiene parangón. Sospechosa resulta siempre la pretensión de buscar en la institucionalidad una exacta contraparte del dinamismo cultural. Eso se llama dirigismo –cuando se concibe desde el Estado– o ingenuidad –cuando se proclama desde la producción cultural–. Mucho más realista y objetivo resulta crear los mecanismos que alienen y promuevan la cultura, comprometiendo a otros sectores en el proceso.

La falta de recursos, en países como El Salvador, es una realidad, no es una excusa. En el caso del desarrollo cultural, la consabida escasez obliga a la creatividad, a la gestión efectiva en coparticipación y a la unión de esfuerzos. Así como todos los salvadoreños somos de alguna manera dueños del Estado, aunque cada cinco años otorguemos el manejo de la institucionalidad a un gobierno, la cultura salvadoreña nos pertenece a todos, y enriquecerla no es responsabilidad exclusiva de artistas, de gestores particulares o de una entidad gubernamental.

Es urgente dejar de creer que el libreto de las grandes transformaciones nacionales estará completo sin nuestra participación. Identificar el origen cultural de muchos de nuestros problemas sociales es apenas un aspecto (ojalá indispensable) del diagnóstico, pero aunque los paliativos estén en manos de gobiernos responsables, la cura definitiva siempre tendrán que aplicarla, responsablemente, los Estados.

El diálogo que edifica tiene sus principales atalayas en las buenas intenciones. Tal vez no podamos ponernos de acuerdo en todo, pero todos podemos buscar acuerdos básicos.

En El Salvador tenemos ejemplos valiosos de apertura, respeto y genuina preocupación por los temas culturales. Nuestra maravillosa Julia Díaz¹³ dejó en herencia al país una colección pictórica que fue la base del Museo de Arte que hoy tanto nos enorgullece. Visionaria como era, Julia criticó menos y trabajó más. De ella debemos aprender.

Aprendamos también de Camilo Minero¹⁴, que renunció a la comodidad de su propia leyenda y acudía, confundido entre el público, a conciertos, recitales poéticos o exhibiciones de danza. «Hay que saber de pintura para ser un pintor, y de arte para ser un artista» era su axioma.

Tomemos ejemplo de Amílcar Flor¹⁵, un sabio del teatro que otorga lecciones gratuitas a cuanto joven le pide su desenfadada opinión. Como no desprecia ninguna pregunta, Amílcar tiene la sana costumbre de no guardarse ninguna respuesta. ¡Y qué servicio le está haciendo al teatro salvadoreño sin darse cuenta!

Aprendamos de Matilde Elena López¹⁶, David Escobar Galindo¹⁷, Manlio Argueta¹⁸, Claribel Alegría¹⁹, que han abierto las puertas de su conocimiento, e incluso de su amistad, a neófitos de la pluma que les hemos buscado pidiendo consejo, y en todos ellos —¡Dios les bendiga!— hemos encontrado calidez para nuestras inquietudes y hasta paciencia para nuestras ambiciones.

¹³ *Notable pintora salvadoreña. Fundadora del Museo Forma, primer espacio permanente para la plástica nacional. Falleció en 1999.*

¹⁴ *Considerado uno de los más importantes pintores de El Salvador. Recientemente fallecido, su personalísima obra plástica constituye un hito en el arte salvadoreño y centroamericano. Además de creador, destacó Minero como fecundo teórico del arte.*

¹⁵ *Formado en la Unión Soviética, Amílcar Flor es un pedagogo sin ínfulas y una figura respetadísima en el durísimo gremio teatral salvadoreño. Con justicia se le puede considerar entre los grandes formadores de actores que tiene el país.*

¹⁶ *Sin discusión, la primera gran ensayista salvadoreña. Personalidad multifacética, también es poeta, cuentista, dramaturga, crítica de arte, pedagoga y periodista. El año pasado recibió, con el apoyo de todas las fuerzas políticas del país representadas en la Asamblea Legislativa, el título de "Hija Meritísima de El Salvador".*

¹⁷ *Reconocido no solamente como el poeta más fecundo de las letras salvadoreñas —y acaso centroamericanas—, sino también por los incontables servicios que a lo largo de su vida ha prestado a la causa del desarrollo integral del país, incluyendo el decisivo papel que jugó como negociante y firmante de los Acuerdos de Paz que en 1992 pusieron fin a doce años de sangrienta guerra civil. Su obra como escritor e intelectual es amplia y variada.*

¹⁸ *Siendo uno de los novelistas salvadoreños más sobresalientes, ha acumulado numerosos reconocimientos en América y Europa. Una importante casa editora incluyó su obra Un día en la vida entre las mejores cinco novelas latinoamericanas de todos los tiempos. En la actualidad es Director de la Biblioteca Nacional de El Salvador.*

¹⁹ *Una de las cumbres femeninas de la literatura centroamericana. Aunque nació en Nicaragua, buena parte de su obra tiene como punto de referencia su segunda patria, El Salvador. Junto a su esposo, el periodista norteamericano Darwin Klakoll, escribió una obra testimonial de obligada referencia.*

Tomemos ejemplo de quienes han sido grandes en la humildad y en la sensatez, en la generosidad y en la solidaridad verdadera. Aprendamos de quienes nunca disfrazaron su mediocridad con aspavientos ni se matricularon ciegamente en modas ideológicas. Aprendamos, en fin, de quienes han sabido defender la libertad creadora.

El Salvador es tierra bendecida. En un territorio tan pequeño existe una riqueza cultural enorme. Solamente nos falta amarla, sentirla nuestra, hacerla producir, compartirla con el mundo y engrandecerla con la participación de todos.

CONCULTURA y su Consejo Técnico Consultivo están en la disposición de llegar, por fin, al diseño de un Plan Nacional de Cultura, que incluya un diagnóstico de la realidad que tenemos, una visión de lo que deseamos tener, una estrategia para alcanzarlo y una operatividad para ejecutarlo.

Pero, repito, ningún esfuerzo de desarrollo cultural puede prosperar sin diálogo. Las grandes pautas que definen un Plan Nacional de Cultura deben discutirse libremente, de manera que la firme toma de decisiones esté legitimada por el intenso contraste de posiciones. El único argumento que termina convirtiéndose en insumo es aquel capaz de sostenerse, por sí mismo y pese a quien lo exponga, al interior de un foro abierto. A eso debemos apostar.

La deuda que la institucionalidad salvadoreña tiene con la cultura salvadoreña es grande, mas no impagable. La negligencia que exhibe la sociedad entera frente a su identidad es enorme, mas no irreducible. Para trazar el camino hacia el desarrollo cultural, entonces, es necesario que aminoremos la deuda institucional, por un lado, y asumamos nuestra carga de responsabilidad social, por otro. He aquí el primer tema sobre el que debemos discutir y actuar.

Los salvadoreños hemos construido nuestro país enfrentando carencias de visión y de estructura. La cultura no ha sido la excepción, y, en muchos casos, ha sido la causa. El siglo XXI, consecuentemente, nos ha pillado sin un verdadero diagnóstico cultural. No sabemos cuánto aportan las industrias culturales al desarrollo nacional, desconocemos los índices de crecimiento de la actividad artística, ignoramos el impacto que los marcos legales vigentes tienen en las dinámicas del sector.

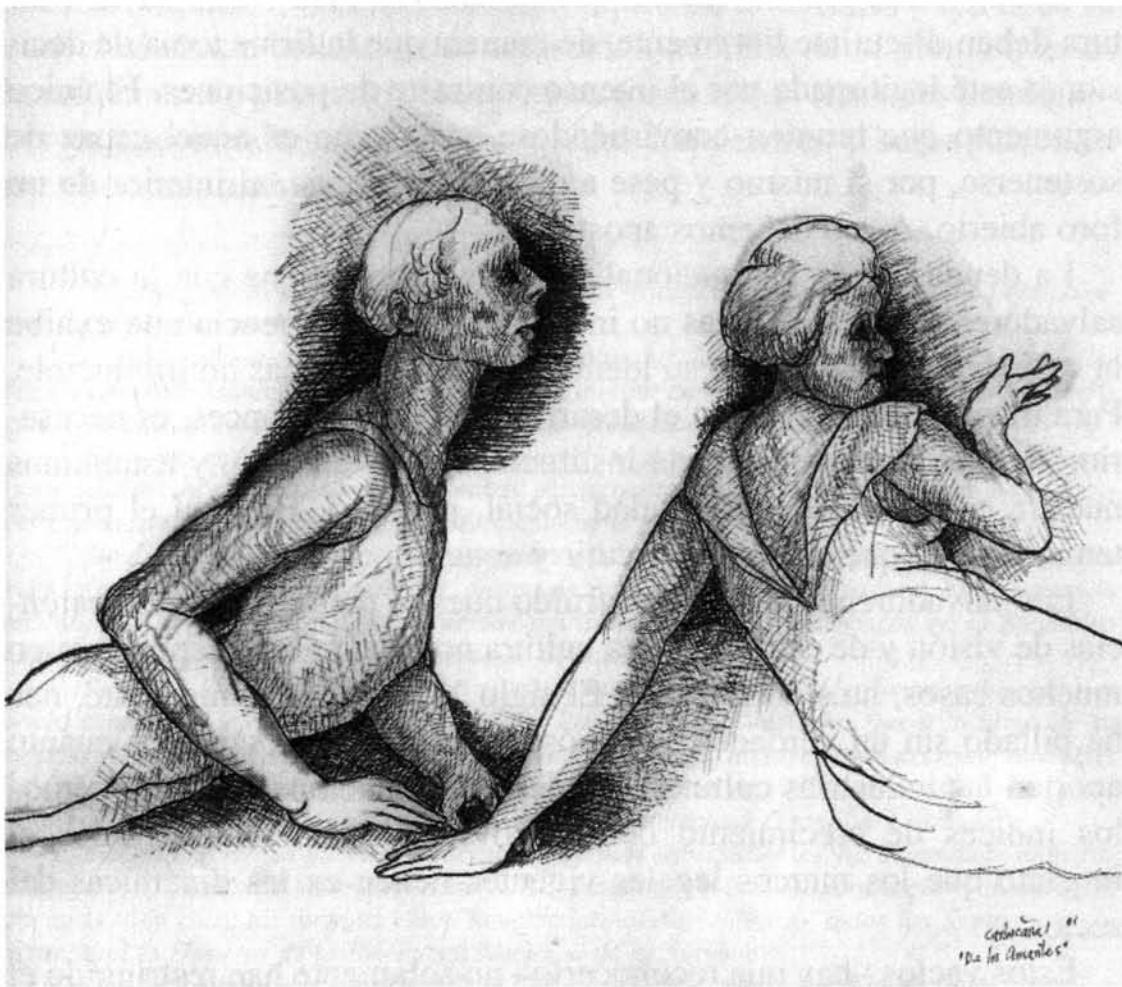
Estos vacíos –hay que reconocerlo– no solamente han restringido el desarrollo cultural, sino que han aplazado (esperamos no por tiempo indefinido) su seria y profunda discusión.

Una agenda nacional no está completa si falta la cultura, eso es indiscutible. Lo que debemos discutir es el plan que permita a la cultura compartir su esencia humanista, expandir su espíritu de libertad y fortalecer su vocación de desarrollo.

La experiencia de países que han llegado a ser verdaderas potencias culturales, partiendo de realidades igual o más duras que la nuestra, nos permiten arrojar algunas conclusiones, a saber:

El desarrollo cultural no es solamente un problema de recursos, sino de visión y convicción; no es responsabilidad exclusiva de un Gobierno, sino del Estado en su conjunto; no es resultado espontáneo de valorar la cultura, sino de convertir nuestra valoración en más oportunidades de desarrollo. Y finalmente, la cultura no debe ser jamás excusa para el enfrentamiento improductivo, sino un motivo para el diálogo.

El trabajo que se está haciendo es inédito, pero sólo llegará a ser histórico si entre todos estamos dispuestos a hacer historia.



Carlos Cañas. «De los amantes» – 1981 – Ecolina sobre papel – 34.5 x 39.8 cm. Colección del artista. Imagen: Cortesía del MARTE